OTRO DIABLO PREDICADOR,

Ó

el Liberal por fuerza.

INTERMEDIO DRAMÁTICO

COMPUESTO

POR D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

para representarse en el teatro de la Cruz el dia 16 de Noviembre de 1835, con el plausible motivo de la apertura de las Cortes del Reino.



Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

PERSONAS.

DON SILVESTRE.
DON (PASCUAL.) Patricio
CLARITA.
DON MARCELO.
ISABEL.
GUARDIAS NACIONALES.

Sala en casa de Don Patricio.

Otro Diablo Predicador.

ESCENA I.

CLARITA. ISABEL.

Aparecen sentadas cosiendo camisas de municion.

CLARITA.

De veras que siento no dar un paseo por la carrera. Estará tan brillante, tan concurrida...; y toda la tropa formada, y los batallones de la Guardia Nacional...

ISABEL.

Yo tambien tendria mucho placer en participar del público regocijo; en ver victoreada y bendecida por un pueblo que la adora á nuestra inocente Reina, y á su augusta madre la magnánima Cristina, por quien España ha recobrado su libertad. Y mucho me holgaría de presenciar la apertura de las Cortes; acto tan solemne y lisonjero como universalmente deseado; acto que anuncia otro mas grato, mas feliz y mas grandioso. Pero la tarea en que estamos empeñadas nos priva de este gusto. Hoy hemos de concluir estas camisas que son las últimas de las doce que nos dieron á coser la semana pasada. Vendrán luego por ellas y á traernos otras; y ya que nos hemos brindado á hacer este corto servicio á la Patria, debemos fun-

dar nuestro orgullo en coser mucho, bien, y pronto.

CLARITA.

Yo me consumo, porque quisiera volar; pero es tan áspero y tan crudo este lienzo...

ISABEL.

Ya lo ablandará con su noble sudor el soldado de la Patria; y con él puede mostrarse mas ufano en el campo del honor que en sus palacios muchos egoistas cuya nulidad hace mas patente el lujo con que insultan á la pública miseria.

CLARITA.

Tienes razon. Hay hombres que valen menos que su camisa. —¡Huy! *Se chupa el dedo.*

ISABEL.

¿Te has pinchado?

CLARITA.

Sí. ¡Por vida...! Con este van diez.

ISABEL.

Pon cuidado. Estarás pensando en tu Marcelo...

CLARITA.

Verdad es; pero la Patria no llevará á mal que ame yo á uno de sus mas decididos defensores.

ISABEL.

¿Te has hecho mucha sangre?

CLARITA.

Casi nada. La manga se ha manchado un poquito... ¡Ay, plegue á Dios que otra sangre no la tiña!

ISABEL.

¡Qué presentimientos! No. De hoy mas la victoria es segura. La faccion liberticida ya no osará combatir contra toda una nacion armada; y si es forzoso que todavía se inmolen en las aras del patriotismo algunos de sus hijos, no sin vengan-

za fecundará su sangre el árbol de la libertad.

Una banda militar toca dentro el himno de Riego.

CLARITA.

¿Oyes? Pasa tropa. ¡Cuánto me halaga esa música marcial!

ISABEL.

¡El himno de Riego!

CLARITA.

Algun batallon que va á situarse en la carrera.

ISABEL.

Acaso el batallon en que sirve mi Patricio.

CLARITA.

Y mi Marcelo.

ISABEL.

Asomémonos al balcon.

CLARITA.

Sí, sí, vamos. *Se asoman.*

ISABEL.

¿No lo dije? El segundo de Guardias Nacionales.

CLARITA.

¡Isabel! Da gozo el verlos. ¡Qué aire tan bizarro, tan imponente! Parecen veteranos.

ISABEL.

Ahora desfila la compañía de granaderos.

CLARITA.

Alli va tu esposo. ¿Lo ves?

ISABEL.

Va tan embebido que aun no ha levantado los ojos hácia el balcon. —Una mirada siquiera, mi sargento, si no se ofende la disciplina. — ¡Gracias á Dios! *Saludan con los pañuelos.*

CLARITA.

Pero Marcelo... ¿Qué se ha hecho Marcelo? Ya debia haber pasado.

ISABEL.

¡Ah! No le eches de menos, Clarita. Se me habia olvidado decírtelo. Hoy anda muy ocupado, y no asiste á la formacion. No sé qué asuntos lleva entre manos...

CLARITA.

Otros amores tal vez... ¡Qué ingrato será si me deja por otra!

ISABEL.

Tus temores no son infundados, querida hermana. Hay otro caro objeto que te disputa su corazon.

CLARITA.

¡Triste de mí! ¿Qué me dices, Isabel?

ISABEL.

Pero yo espero que no tendrás zelos de tu rival.

CLARITA.

¿Quién es? ¿La conoces tú? Nómbrame á esa seductora, á esa...

ISABEL.

Es la Patria.

CLARITA.

¡Pues! ¡Qué cosas tienes! Ya estaba yo azorada...—¿Volvemos á la costura?

ASABEL.

Dejemos que acabe de desfilar el batallon.

ESCENA II.

ISABEL. CLARITA. DON SILVESTRE.

DON SILVESTRE.

No las veo. — Estan en el balcon. — La co-

yuntura es escelente para declararme. Don Patricio no volverá tan pronto. Estan solas... Ellas son liberales á machamartillo, y cuando sepan que yo soy un carlista de siete suelas... Pero sabrán al mismo tiempo que poseo cuantiosos bienes y ademas un destinillo de mala muerte con 30∂ reales de sueldo... y manos puercas, merced á los tontos que no me lo han quitado todavía. La seguridad que tengo de que hoy se va á hundir para siempre el trono constitucional me anima y me conforta. Sí: las medidas estan bien tomadas. El triunfo es infalible, y antes de media hora será proclamado en Madrid Cárlos V. *Ahora se retiran del balcon las señoras.* Señoras, á los pies...

CLARITA.

¡Ah! *Con un grito agudo.*

DON SILVESTRE.

¿Qué le ha dado á usted, señorita?

CLARITA.

Nada. Perdone usted... creí... Como estaba desprevenida, creí ver en usted una vision... ¿qué sé yo? Un alma en pena.

DON SILVESTRE.

Y creía usted bien, hermosa Clarita, que mi alma está penando dias ha en esos bellos ojos.

CLARITA.

¡Eh! No sea usted lisonjero.

ISABEL.

Sentémonos y concluyamos nuestra labor. Usted nos dispensará, señor don Silvestre... *Se sientan.*

DON SILVESTRE.

Con mil amores, amable vecina. *Se sienta.*

ISABEL.

¿Cómo es que usted no va á las Cortes ni á la carrera...

DON SILVESTRE.

¡Eh! Yo no soy aficionado... La gota me molesta... y para lo que eso ha de durar...

CLARITA.

¿Qué dice usted?

DON SILVESTRE.

¡Pobres mugeres! Ustedes no saben de la misa la media.

ISABEL.

¿Pero qué misa es esa?

DON SILVESTRE.

Nada. ¡Ya verán ustedes la que se arma! ¡Pero no hay cuidado! Aqui estoy yo.

ISABEL.

Clara, ¿qué hombre es este? *Aparte las dos.*

CLARITA.

Un carlista furioso, por lo visto.

ISABEL.

¡Y el hipócrita la echaba de patriota!

DON SILVESTRE.

¿Qué es lo que estan ustedes cosiendo?

CLARITA.

Camisas para los nuevos defensores de Isabel y de la libertad.

DON SILVESTRE.

¿Para esós judíos?

ISABEL.

¡Mire usted cómo habla!

DON SILVESTRE.

¡Desventuradas! Ustedes se pierden miserablemente. Escondan ustedes eso; rasguen; arrojen... ¡Pobres señoras!

ISABEL.

Don Silvestre, ¿se está usted mofando de nosotras? Mire usted que esas chanzas no me gustan.

DON SILVESTRE.

¡Chanzas! Dentro de un cuarto de hora verán ustedes si son chanzas. Por los clavos de Cristo dejen ustedes esas camisas... Pero no: sigan ustedes cosiendo. Servirán para los soldados de la fé, y yo le diré á S. M....

CLARITA.

¿Para los viles satélites de la tiranía? ¡Jamas! Los dedos me cortaria primero.

ISABEL.

No hagas caso de ese hombre, que sin duda está loco.

CLARITA.

Como ve que estamos solas, se atreve á hablar de esa manera.

ISABEL.

Estos son los campeones de un tirano usurpador.

DON SILVESTRE.

Chist... ¡Qué blasfemia!

CLARITA.

Los cobardes partidarios del carliquintismo.

DON SILVESTRE.

Hum... ¡qué heregía! Callen ustedes, callen ustedes por la Vírgen... ó yo mismo no las podré salvar. ¿No saben ustedes lo que hay? Córdoba ha sido derrotado.

CLARITA.

Embuste.

DON SILVESTRE.

Casi todo el ejército cristino se ha pasado á las banderas de la restauracion.

ISABEL.

¡Calumnia!

DON SILVESTRE.

El ruso ha declarado la guerra al gobierno liberal.

CLARITA.

¡ Patraña !

DON SILVESTRE.

Y el prusiano, y el austriaco, y el piamontés, y el napolitano, y el lombardo, y la puerta Otomana.

ISABEL.

¡ Delirio !

DON SILVESTRE.

Y hasta el Papa envia soldados...

CLARITA.

¡ Del Papa !

DON SILVESTRE.

No lo tomen ustedes á risa. ¡ Funesta ceguedad ! Miren ustedes que yo estoy en todos los secretos. Y aunque no contásemos con tantos ejércitos auxiliares, aqui mismo, en Madrid y á sus inmediaciones, hay sobradas fuerzas para dar al traste con la libertad y sus parciales. Orejita está ya entre Pinto y Valdemoro.

CLARITA.

Quiere usted decir que está borracho: ¿eh? No lo estraño.

DON SILVESTRE.

¡ No, criatura ! Que viene andando á Madrid con seis mil hombres y llegará esta tarde. Y Merino dormirá en Torrejon con cinco mil infantes y ochocientos caballos.

ISABEL.

Hombre, no diga usted desatinos.

DON SILVESTRE.

Y Quilez y el Serrador llegarán muy pronto con sus divisiones...

CLARITA.

¿Vienen embarcadas?

ISABEL.

No: en globos aereostáticos.

DON SILVESTRE.

¡San Servilio bendito! ¡Tocad en el corazon á estas pecadoras contumaces! ¿Con que no me creen ustedes?

ISABEL.

Sería menester que fuésemos tan estúpidas como los esclavos del príncipe rebelde...

DON SILVESTRE.

¡Príncipe rebelde! ¡Oh temeridad! Si se contentasen ustedes siquiera con llamarle *mal aconsejado príncipe*... ¡Pero rebelde ya!

ISABEL.

¡Y traidor!

DON SILVESTRE.

¡Cielos!

CLARITA.

¡Y foragido!

DON SILVESTRE.

¡Verbum caro! Créanme ustedes: se lo vuelvo á suplicar. Esto va á dar un estallido.

CLARITA.

No tenemos tan buenas tragaderas como usted.

DON SILVESTRE.

Será fuerza decirlo todo. Dentro de Madrid tenemos muchos millares de Carlistas armados que dentro de pocos momentos darán el grito de venganza.

ISABEL.

¿Usted los ha visto?

DON SILVESTRE.

No con estos ojos, pero con los ojos de la fé,

que es lo mismo. Hace algunos dias que no asisto á la junta apostólica porque la gota me lo impide, pero uno de sus miembros me ha referido lo que acaban ustedes de oir, por señas de tres mil duros que he dado para pagar á los que van á dar el grito... ¿Quieren ustedes mas? La seña es: *Inquisicion* y *Cárlos V*.

CLARITA.

¡Ay! ¿Si será cierto? *Aparte con Isabel.*

ISABEL.

¡Eh! No seas boba.

DON SILVESTRE.

Y la contraseña: *Muera la nacion.*

ISABEL.

Basta, don Silvestre. Ya abusa usted demasiado de nuestra paciencia. ¿Dará usted lugar á que me asome al balcon y le denuncie á la justa indignacion del pueblo?

DON SILVESTRE.

Hágalo usted, yo se lo permito. Asi brillará mas mi acrisolado carlismo. ¿Hablaria yo con esta franqueza sino estuviera cierto de la victoria? El plan está soberbiamente combinado, y su buen écsito es indudable. Oirán ustedes dentro de poco los gritos, los cañonazos...

CLARITA.

Isabel, yo tiemblo... aqui solas... *Aparte las dos.* Este hombre... ¡Dios mio!

ISABEL.

Bien pudiera ser...

DON SILVESTRE.

Ustedes, como tan marcadas de liberales, corren peligro de ser las primeras víctimas; pero yo las acogeré bajo mi proteccion si Clarita consiente en ser mi esposa...

CLARITA.

Yo... (Le detesto, y no me atrevo á decirle que antes me casaria con un... ¡Dios me perdone!)

DON SILVESTRE.

Soy rico, soy hombre de grande influjo y lo seré mas. La ventura de esta familia, ó su perdicion, está en mi mano.

ISABEL.

Señor don Silvestre... (¡Le sacaria los ojos tan de buena gana...!)

DON SILVESTRE.

Bien. Ya veo que ustedes conocen sus verdaderos intereses, y hacen justicia al hombre generoso que se digna...

CLARITA.

No... yo le diré á usted... nosotras... (¡Ah! ¿dónde estás, Marcelo?)

ISABEL.

Perdone usted... todavía... (¿Dónde estás, Patricio, que no vienes á nuestro socorro?)

DON SILVESTRE.

No digo yo que nos casemos hoy. Luego que esto se tranquilice y vuelvan las cosas al ser y estado... ¡Pues!

ISABEL.

¿Has acabado? Dame: *Tomando las camisas.* las voy á juntar con las otras, y á empaquetarlas para cuando vengan por ellas...

CLARITA.

¡Qué! *Al oido.* ¿Me dejas sola con ese antropófago?

ISABEL.

Deja, que llamaré á algun vecino... Pronto vuelvo. — Soy con usted, señor don Silvestre.

ESCENA III.

DON SILVESTRE. CLARITA.

DON SILVESTRE.

¡Clarita mia!

CLARITA.

(¡Ay! Yo no soy suya, ni quiero serlo.)

DON SILVESTE.

La presencia de tu hermana...

CLARITA.

(¡Me tutea el zafio; y yo lo sufro!)

DON SILVESTRE.

Te ha impedido pronunciar el dulce sí que yo anhelo y el corazon te inspira: ¿verdad? Doña Isabel es incorregible. Ya se ve; muger de un Guardia Nacional... Pero tú, palomita sin hiel, alma inocente y cándida, *Stella matutina, janua cœli...*

CLARITA.

(*Ora pro nobis.* ¡Pues no me reza la letanía!)

DON SILVESTRE.

Esa sonrisa celestial, y ese pundoroso silencio me dicen que soy feliz... Toma... ¿te gustan los caramelos? *Le da un puñado, que ella guarda en el bolso.*

CLARITA.

(¡Ay! ¿Si estarán envenenados?) Gracias... ahora no tengo gana; despues... (los tiraré á la calle.)

DON SILVESTRE.

Pero yo quisiera oir de tus labios de rosa... Anímate... No me ocultes los sentimientos de tu tierno corazon.

CLARITA.

(A poco que me apure le digo la verdad.) Déjeme usted, don Silvestre. ¿Para qué quiere usted que yo diga cosas que...

DON SILVESTRE.

Vaya, ¿me amas?

CLARITA.

¡Jesus! ¿No es fuerte empeño?

DON SILVESTRE.

Me has de responder, ¡ea! Yo necesito que me respondas. ¿Me amas?

CLARITA.

No señor. *Riéndose.*

DON SILVESTRE.

¿Y te ries? Bien. Está entendido. El sí y el no en muchachas de diez y seis años significa lo contrario de lo que suena; y cuando tú dices *no* quieres decir...

CLARITA.

Quiero decir *no.*

DON SILVESTRE.

¡Nada! Primero muertas que decir la verdad.— Vamos, no seas desdeñosa, ni me mires con ese ceño, que te pones fea.

CLARITA.

(¡Ojalá!)

DON SILVESTRE.

¿No merezco yo reinar en ese corazon, tórtola mia?

CLARITA.

(¡Qué viejo tan mosca! Cuanto mas dulce se pone mas odioso me parece.) Señor don Silvestre, ya que usted ecsije que le hable con franqueza, le digo que en mi corazon no hay posada para usted.

DON SILVESTRE.

¿Y por qué, taimadilla de mis ojos?

CLARITA.

Porque la habitacion es estrecha y ya está ocupada por otro huésped.

DON SILVESTRE.

¡Cruel, ingrata...! Negra al fin... ¿Pero qué digo? ¡Tú quieres inflamar mas y mas mi cautivo pecho con aparentes desvíos...; tú quieres ver cómo se entrega á los delirios de la adolescencia fogosa una retrógrada senectud ¡Aaaayy...! ¡mona, mona, mona! ¡Tú quieres ver á tus pies un sueldo de treinta mil reales...!

Se echa á los pies de Clarita y la toma la mano. Clarita chilla.

CLARITA.

¡Ah! Quite usted.

DON SILVESTRE.

¡No!

CLARITA.

Alce usted...

DON SILVESTRE.

¡No!

CLARITA.

Suelte usted.

DON SILVESTRE.

¡Noooo... no!

ESCENA IV.

CLARITA. DON SILVESTRE. ISABEL.

ISABEL.

(Ni un hombre en toda la casa...) ¡Qué veo! ¿Qué descaro, qué atrevimiento es ese?

CLARITA.

¡Líbrame de ese sátiro feroz!

ISABEL.

¡Insolente! ¡Aparte usted...

DON SILVESTRE.

No hay que gritar; *Levantándose.* no hay que sobresaltarse. Estos son raptos... desahogos...

ISABEL.

Yo no sufro esas demasías. ¡Váyase de aqui el indecente...

DON SILVESTRE.

¡Señora...

CLARITA.

El idiota...

DON SILVESTRE.

¡Señorita...

ISABEL.

El bárbaro...

DON SILVESTRE.

¡Señora...

CLARITA.

¡El pancista... el cafre!

DON SILVESTRE.

¡Señorita! ¿Saben ustedes á quién ultrajan? ¿Saben ustedes que con una palabra...

ISABEL.

¡Eh! Nada temo.

DON SILVESTRE.

¡La tremenda hora se acerca, infelices! ¡Y verán ustedes quién es don Silvestre! Mi furor, mi resentimiento... ¡Un carlista no perdona jamas!

CLARITA.

¿Qué importa? Aunque débiles mugeres, sabremos morir antes que infamar nuestro nombre.

ISABEL.

Antes que transigir con los enemigos de la Patria.

Se oyen voces á lo lejos y ruido como de correr gente y cerrar puertas.

DON SILVESTRE.

¿Oyen ustedes? ¡Ya se ha dado la señal...!

CLARITA.

¡Dios mio! ¡Mi Marcelo! *Asustada.*

ISABEL.

¡Mi marido! *Lo mismo.*

DON SILVESTRE.

¡Yo venzo!

ISABEL.

¡Cierra pronto ese balcon! *Lo cierra Clarita.*

CLARITA.

¿Qué será de nosotras?

ISABEL.

¡Favor!

DON SILVESTRE.

¡Oh regocijo!

CLARITA.

Miseri... ¡Ay! *Suenan cañonazos.*

DON SILVESTRE.

¡Los cañonazos! ¡Esto es hecho! ¡Victoria! Ahora daré yo la cara... Volveré, volveré con un batallon á conquistarte, descreida hermosura.

ISABEL.

¡Piedad!

DON SILVESTRE.

¡Viva Cárlos quin... Huy!

Al salir tropieza con Marcelo, que le agarra del cuello y le vuelve á la escena.

ESCENA V.

CLARITA. ISABEL. DON SILVESTRE. DON MARCELO.

DON MARCELO.

¡Alto ahí, perrro bribon! ¿Qué hacía usted aqui?

DON SILVESTRE.

A usted no le importa. Déjeme salir.

DON MARCELO.

¿Cómo que no me importa? ¿No le he oido yo á usted gritar viva Cárlos V?

DON SILVESTRE.

Eso no es ecsacto. Yo no he pronunciado la última sílaba. Usted me la ha interceptado echándome mano al cuello. (Procuremos calmarle, que si ahora me degüella, de poco me sirve que triunfe mi amo.)

DON MARCELO.

¿Qué teneis vosotras, que estais tan asustadas? ¿Qué os ha hecho ese... tártaro?

ISABEL.

Por Dios, no le insultes. Ya sabemos todo lo que pasa... *En voz baja.*

CLARITA.

La lucha que se ha empeñado...

ISABEL.

Los gritos...

CLARITA.

Los cañonazos...

DON MARCELO.

¿Qué estais diciendo? ¿Habeis perdido el juicio? Sin duda os ha acobardado ese faccioso con patrañas de las que ellos usan...

CLARITA.

Pues qué, ¿no acaba de estallar una gran conspiracion?

DON MARCELO.

¿Qué conspiracion, ni qué calabaza? Nunca ha habido mas tranquilidad ni mas alegría.

ISABEL.

Pues si nosotras hemos oido ahora mismo voces, carreras, cerrar puertas...

DON MARCELO.

¡Ah! Eso ha sido que un borracho ha dado un grito subversivo: varios patriotas y guardias nacionales han corrido tras de él, y algunos vecinos pusilánimes han cerrado sus puertas creyendo que era otra cosa. El borracho ya está en la cárcel, y asunto concluido. Yo vengo de atravesar todo Madrid, y no he oido ni visto cosa que huela á conspiracion ni á combate, sino mucho alborozo, mucha concordia, y muchos vivas á Isabel, á Cristina y á la libertad.

CLARITA.

¡Ah! Nos vuelves el alma al cuerpo. Pero... esos cañonazos...

DON MARCELO.

¡Tontas! ¡Lo que puede el miedo! ¡Si es la salva en celebridad del dia! Los cañonazos de ordenanza para saludar á SS. MM.

ISABEL.

¡Calla... pues... si... eso es!

CLARITA.

¡Calla... pues es verdad!

DON SILVESTRE.

(¡Calla... pues tiene razon!)

ISABEL.

Y yo no pensaba...

CLARITA.

Y yo no habia caido...

DON SILVESTRE.

(Y yo, ¡Silvestre de mí! ¡no habia dado en ello!)

ISABEL.

¡Ah! No le perdono á usted el susto que nos ha dado.

CLARITA.

Aqui nos ha llenado la cabeza de cuentos, diciéndonos no sé qué de Merino y de Quilez...

DON MARCELO.

¡Inicuo!

ISABEL.

Y de ejércitos rusos, y otomanos, y pontificios...

DON MARCELO.

¡Canalla!

DON SILVESTRE.

¡Qué! Si todo ha sido broma... (No doy un real por mi pellejo.)

CLARITA.

Y que estaba Orejita á las puertas de Madrid...

DON MARCELO. *Sacando el sable.*

A propósito de Orejita, ¿cuánto me dais por las orejas de ese murciélago?

DON SILVESTRE.

¡No, por San Pedro! ¡No, por San Pablo! ¡No, por toda la corte celestial...! ¡Si digo que todo ha sido una chanza! ¡Si yo soy liberal... ¡Viva Riego!

DON MARCELO.

¡Mal Judas! Eso no te ha de valer. Hoy dormirás en la cárcel, y pronto las pagarás todas juntas.

CLARITA.

No. Dejarle: se conoce que es un babieca. Aqui le teníamos todos por un patriota, porque tal se nos fingia...

ISABEL.

Y como nadie le conocia, porque vino hace poco de Toledo...

CLARITA.

Pues, y hoy lleno de orgullo con las noticiotas que le han dado los apostólicos...

DON SILVESTRE.

(¡Ay! tres mil duros me ha costado.)

ISABEL.

¡Ah! No te hemos dicho lo mejor.

DON SILVESTRE.

(¡Ahora es ella!)

ISABEL.

¿Querrás creer que ha tenido valor de solicitar la mano de Clarita?

DON MARCELO.

¿De mi novia? ¡Por vida de...! Ya no hay piedad. Vas á morir, infame. Reza el Credo.

DON SILVESTRE. *De rodillas.*

¡Perdon, señor Voluntario rea... digo, señor Nacional...! Ha sido un *lapsus linguæ*... una... ¡Por Dios! No sé lo que me digo.

DON MARCELO.

Prepárate... Llegó tu hora.

DON SILVESTRE.

¡Granadero! ¡No pierda usted un alma! ¡Mire usted que estoy en pecado mortal!

CLARITA.

Déjale que se vaya con mil santos, y nunca le volvamos á ver.

DON SILVESTRE.

¡Oh, angel de mi guarda!

ISABEL.

Perdonémosle. Hoy es dia de gracias. Él se arrepentirá...

DON SILVESTRE.

Sí señoras. Me pesa de todo corazon de haberos ofendido. *Dándose en el pecho.* ¡Por mi culpa, por mi culpa, y por mi mácsima culpa!

DON MARCELO.

Vaya, levántese el menguado.

DON SILVESTRE.

(¡Ah, de buena me escapo!) Gracias... *Se levanta.* (Con gota y todo correré como un gamo.)

DON MARCELO.

¿Qué es eso? De aqui no se va usted sin recibir algun castigo.

DON SILVESTRE.

(¡Ay Dios mio! ¿Qué penitencia me preparará este hombre? Lo menos que hace es mutilarme.)

DON MARCELO.

Ya que usted dice que es liberal, justo es que contribuya á la justa causa.

DON SILVESTRE.

¡Si ya contribuyo, pecador de mí! Lea usted la Gaceta del miércoles. Alli está mi donativo. El uno y medio por ciento de mi sueldo líquido.

DON MARCELO.

¡Gran sacrificio!

DON SILVESTRE.

(Es que á don Cárlos le doy el veinte. ¡Estas gentes no se hacen el cargo de la razon!)

DON MARCELO.

Pues señor, el esposo de Isabelita va á venir

con otros quince ó veinte nacionales. A usted le tienen por liberal decidido, y es necesario que les haga usted una alocucion muy elocuente, muy patriótica, muy ecsaltada...

DON SILVESTRE.

¡Por Dios! Si yo no tengo genio...

DON MARCELO.

No importa.

DON SILVESTRE.

Si yo no soy orador...

DON MARCELO.

Sino, á la cárcel.

DON SILVESTRE.

Pero señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

CLARITA.

Marcelo.

DON SILVESTRE.

Pero señor don Marcelo, si para eso se requiere un entusiasmo que...

DON MARCELO.

Que usted no tiene: ya lo sé.

DON SILVESTRE.

¿Quién ha de tener entusiasmo... teniendo miedo? Hay cosas que son incompatibles. Y mis ideas...

DON MARCELO.

Ya sé que son muy contrarias; pero como se trata de darle á usted un castigo, me parece que no podemos elegir otro mejor.

DON SILVESTRE.

(¡Oh rabia!)

CLARITA.

Justamente yo estaba mala cuando se representó el *Diablo Predicador*...

DON MARCELO.

Pues bien. Aqui hay otro diablo que predicará á las mil maravillas.

DON SILVESTRE.

¿No pudiera usted conmutar la pena? (¡Yo sudo bilis!)

DON MARCELO.

Nada oigo. Soy inecsorable. Le permito á usted sin embargo que medite un poco su discurso. Entre usted en ese cuarto; y veremos luego cómo se esplica.

DON SILVESTRE.

Pero...

DON MARCELO.

No hay pero que valga. Adentro. *Empujándole.*

Le hace entrar y cierra.

ESCENA VI.

CLARITA. ISABEL. DON MARCELO.

ISABEL.

¡Pobre hombre! Casi me da lástima.

DON MARCELO.

¿Lástima? No la tendria él de nosotros si nos cogiese por su banda.

CLARITA.

¿Pero cómo es que no has estado en la formacion? Isabel me ha dicho que andabas en unas diligencias... ¿No podré yo saber qué asunto es el que llevas entre manos? ¿De cuándo acá esos misterios conmigo?

DON MARCELO.

¿Misterios? No, hermosa mia. Siento affigirte;

pero ya no te lo debo ocultar. De todos modos lo has de saber por los papeles públicos...

CLARITA.

¡Ah! ¿Qué me anuncias, Marcelo? Yo tiemblo...

DON MARCELO.

No. Yo espero que tu tierno corazon tenga bastante fortaleza...

ISABEL.

Acábaselo de decir. Clara no podrá menos de aprobar tu generosa resolucion.

DON MARCELO.

Clara mia, yo te adoro: lo sabes; pero tengo una Patria que merece, que reclama tambien mi amor. Entusiasta de la libertad, todavía no he consagrado á su triunfo otra cosa que sinceros deseos y fervientes votos. Llegó el momento de los verdaderos sacrificios: no poseo bienes de fortuna; pero soy jóven, soy libre, y tengo un brazo que ofrecer á la Patria, y cuando tantos jóvenes bizarros corren voluntariamente á las armas contra la odiosa faccion que pugna por esclavizarnos, no quiero yo que sus miradas me acusen de tibieza ó de cobardía. Acabo de alistarme. Ya tiene un soldado mas el valiente ejército de Navarra.

CLARITA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y qué va á ser de mí? ¿Cómo podré vivir ausente de tí? ¿De mi primero, de mi único amor?

DON MARCELO.

¡Clarita! Esas palabras me llenan de afliccion y de embeleso á un mismo tiempo; pero considera que si fuese yo menos patriota sería indigno de que un angel me amase.

ISABEL.

No llores... Su ausencia será breve. El triunfo de la libertad es ya indudable. El amago solo del formidable armamento que se apresta disolverá, esterminará la rebelde faccion.

CLARITA.

¡Que no llore! Dale tú á una niña de diez y seis años el corazon de un guerrero. Yo aplaudo su patriotismo; ¿y cómo pudiera no aplaudirle? Pero maldigo la ecsecrable faccion que le hace necesario.

DON MARCELO.

Tú lo has dicho. Es necesario que de una vez acabemos con ella.

CLARITA.

Sí; tú eres hombre... y debes combatir... Yo soy muger... y debo llorar.

DON MARCELO.

¡Ah! Esas preciosas lágrimas me harán invencible. ¡Cuántas han de costar á mis enemigos!

CLARITA.

¡Ah! No; ¡que hartas se han vertido ya en esta desgraciada nacion! ¡Luzca pronto el venturoso dia en que cesen para siempre las civiles discordias, y se amen como hermanos los hijos de una misma Patria! — ¿Y será pronto la marcha...

ISABEL.

No. Aun tardará mas de un mes. Ea, enjuga ese llanto...

CLARITA.

Bien, sí: no lloro... Si á mí me fuera permitido tomar un fusil y volar tambien... ¡Ah! ¿Por qué he nacido yo muger?

DON MARCELO.

¡Vida mia!

ISABEL.

¡Oh! Ya está aqui Patricio.

ESCENA VII.

CLARITA. ISABEL. DON MARCELO. DON PATRICIO. GUARDIAS NACIONALES.

DON PATRICIO.

Entrad, camaradas. Ya que por hoy se ha acabado nuestra patriótica fatiga, descansad en casa de vuestro sargento, y bebámonos media docena de botellas brindando por la libertad, por la feliz instalacion de las Cortes del Reino en su segunda legislatura, precursora de la gloriosa asamblea que ha de constituir sobre bases sólidas á esta noble Nacion; por la angélica Isabel, nuestra adorada Reina, cuyos prócsimos dias principiaremos á celebrar desde hoy; por su augusta Madre, la sin par Cristina, por ese hermoso numen de la libertad española; y por nuestro buen amigo Marcelo, que acaba de alistarse voluntario para combatir por ella.

GUARDIAS NACIONALES.

¡Viva la Reina! ¡Viva la representacion nacional! ¡Viva la libertad! ¡Viva Marcelo!

DON PATRICIO.

Ea, vamos al comedor...

DON MARCELO.

Esperad. Antes quiero que oigais á un patriota que va á pronunciar un elocuente discursor... *Abriendo la puerta.* Ciudadano Silvestre, salid.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON SILVESTRE.

DON SILVESTRE.

Señores... (¡Cuántos son! ¡Oh!!)

DON PATRICIO.

¡Nuestro buen vecino don Silvestre! ¿Ahí estaba usted?

DON SILVESTRE.

Sí señor. (¡Harto lo siento!)

DON MARCELO.

Ea, sentarse todo el mundo. *Se sientan todos. Los nacionales murmuran entre sí.* ¡Silencio! — No os riais vosotras. — Tiene usted la palabra.

DON SILVESTRE.

(¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal! ¡Qué hombre, qué hombre, qué hombre!)

DON MARCELO.

¡Atencion! — *Al oido.* ¡Y cuidado conmigo!

DON SILVESTRE. *Sobre una silla.*

Bendecid, (¡ay dolor!) oh compatriotas,
este dia de júbilo... (¡de llanto!)
que (¡ay rabia!) á las naciones mas remotas,
como la gloria un dia de Lepanto,
la mengua llevará de los feotas...
(Perdonad, perdonad, Don Quirlos Canto...
Cárlos quinto. ¡Ay! No sé lo que me pesco!)
aunque pese al prusiano y al tudesco.
Cesó en los buenos la fatal discordia...
(yo estoy quemado) y el santuario augusto
tornóse á abrir en plácida concordia.
(Maldita sea mi...) Y el que era arbusto

lema de libertad... (¡misericordia!)
pomposo, (¡voto á brios!) firme, robusto...
será de hoy mas impermeable tronco...
¡Sí, patriotas! (¡De cólera estoy ronco!)
Y caerá (¡qué congojas!) la falange
del Príncipe (la lengua se me traba)
rebelde; y desde el Ebro al ancho Gange
maldita (¡ay Dios!) será la turba esclava
(sudor frio me da) que atroz alfange
contra (¡no puedo mas!) la ley vibraba.
¡Viva ISABEL, (¡me caigo!) pueblo ibero!
¡Viva la libertad! (¡Ay!) Vi... (¡Yo muero!)

Va á caer de bruces: don Marcelo y otros nacionales que estaban cerca de él le sostienen.

DON PATRICIO.

¿Qué es eso? ¿Qué le ha dado? Acudid vosotras... El mismo fervor; el entusiasmo...

ISABEL.

Le ha dado una congoja...

DON SILVESTRE.

¡Ay!

CLARITA.

Ya vuelve en sí.

DON SILVESTRE.

Por caridad llevadme á mi habitacion... al cuarto segundo...

DON MARCELO.

Llevadle, muchachos... Amigo, ¡ha estado usted feliz!

DON SILVESTRE.

¿Sí? Vaya, me alegro...

DON PATRICIO.

¿Quiere usted tomar algo? ¡Pobre don Silvestre!

DON SILVESTRE.

No. ¡Gracias... *Le llevan en volandas entre dos nacionales.*

DON MARCELO.

Déjale. ¡Si reventara...

DON SILVESTRE.

¡Gracias...

DON PATRICIO.

¿Cómo...

DON SILVESTRE.

Si de esta escapo y no muero, no paro hasta la Conca de Tremp.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, menos **DON SILVESTRE.**

DON PATRICIO.

¿Por qué le hemos de abandonar de ese modo?

CLARITA.

Ya le cuidarán en su casa.

DON MARCELO.

Porque es un carlista furibundo. Aun debe estarme muy agradecido.

DON PATRICIO.

¿Pues cómo es que acaba de hablar en tan buen sentido...

DON MARCELO.

Porque yo se lo he dado de penitencia.

DON PATRICIO.

Aun por eso noté yo que su produccion no era la mas espedita, y el soponcio que le ha dado al concluir su arenga...

ISABEL.

¡Bien le hemos hecho cantar la palinodia!

DON MARCELO.

Vamos, vamos á tomar un refrigerio. Ya os contaré lo que ha ocurrido, y tendreis que reir para un rato...

CLARITA.

A costa del nuevo Diablo Predicador.

Respire al fin la nacion.
Desmayado ese hombre ruin,
anuncia el prócsimo fin
de la rebelde faccion.
Para ella no hay remision:
ya todo el mundo la odia,
y en ridícula salmodia
la vil canalla maldita,
en lugar de la *Pitita*,
cantará... la *Palinodia*.

FIN.